V

La vida de México.

—"Tienen razon los que escriben revistas dominicales, cuando aseguran que se ven apurados para dar gusto á sus lectores, narrándoles los sucesos de la semana de México, y en un estilo en que la belleza de forma corra parejas con el interés del asunto. Este es, á decir verdad, el único modo de que la revista constituya un verdadero artículo literario, duradero, al menos, como

recuerdo y como trabajo, y no sea un gran párrafo de gacetilla, débil hoja que envejece en la tarde y que pronto reduce á polvo el viento de la indiferencia.

Tienen razon, decimos, esos escritores que, soplando en la pálida hoguera de la inventiva, no hallan medio de avivar la escasa lumbre de la realidad. En la crónica, la inventiva solo sirve para el adorno; es la trepadora que festona con sus flores y su rampante verdura el rudo peñasco, el desnudo tronco, ó el ennegrecido muro.

Cuando faltan muro, peñasco y tronco, la trepadora se marchita por falta de apoyo.

La imaginacion, esa hiladora infatigable, puede tender sus hilos sobre el ancho abismo de la novela ó colgarlos de las crestas altísimas de la poesía. El mundo de los sueños es inmenso; abraza el espacio visible y se dilata hasta las esferas que oculta la oscuridad profunda de lo desconocido. Poesía, novela, ilusion, alucinacion, los océanos del cielo y los misterios del corazon humano,

todo eso es del dominio de la fantasía, todo eso es inagotable para el pensamiento.

Pero el cronista no debe penetrar en tales círculos que le están vedados. Su mundo es la realidad, es el suceso, es la prosa de la vida ordinaria, y para el cronista semanario no es ni siquiera el conjunto de acontecimientos que encierra el ciclo interesante de una generacion, ó el período mas ó menos tempestuoso de una revolucion política, ó de los progresos revelados en una evolucion de la ciencia, no; su dominio es mas estrecho, mas mezquino, mas bajo. Apénas si puede diseñar rápidamente un hecho grave, si puede vislumbrar un horizonte en el campo científico, si puede permitirse, como conversando, exponer una teoría política ó una observacion moral. Su imaginacion no puede tener los atrevidos vuelos del águila que se mece en las alturas; tiene que trazar los pequeños círculos de la golondrina, tiene que rozar con su ala el suelo, constantemente, y no apartarse del techo en que está

pendiente el nido, alrededor del cual pasa su vida.

Es verdad que algunas veces esta golondrina se levanta hasta las nubes, en espirales rápidas, que le envidiaría un condor de los Andes, pero tal audacia solo se comete cuando el techo donde está el nido se llama Paris, y cuando la golondrina se llama, por ejemplo, Jules Claretie. Entonces las revistas del *Temps* ó de *L'Independence Belge*, son verdaderas páginas de Historia, ojeadas del mundo, algo como cantos del inmenso poema contemporáneo.

Pero cuando el techo se llama México, la pobre avecilla no puede remontarse en la revista hebdomadaria; no hay por qué; no hay acontecimientos notables, no se dan aquí cita los grandes asuntos del mundo moderno, ni asistimos, como en un palco, á las grandes crísis que agitan á la humanidad.

Nuestra vida apénas traspasa hoy los límites que ántes le oponia el estancamiento del sistema colonial. Ciertamente el telégra-

fo, la prensa libre, las comunicaciones mas frecuentes con el extranjero, la influencia, aunque tibia, de las instituciones, el progreso comercial, el contagio de la moda y un cierto adelanto en la instruccion de las masas populares, han producido un movimiento mayor en las aspiraciones sociales y en las manifestaciones de la vida pública, no hay que negarlo. Pero sea por la pobreza general de nuestro pueblo, sea por el desequilibrio todavía muy enorme que existe entre el pequeñísimo círculo de gente acomodada y la masa comun del proletarismo, sea por preocupaciones inveteradas que resisten obstinadamente á la civilizacion, sea por causas políticas, sea simplemente porque nuestra situacion en el Continente Americano no es de las mas favorecidas, como foco de movimiento; sea, en fin, por motivos que toca al pensador examinar profundamente, el caso es: que nuestra vida moral dista poco de la vida moral de otro tiempo. Empéñense los optimistas en demostrarnos

lo contrario; nosotros, aun con los anteojos del Dr. Pangloss, no podemos ver ese movimiento, esa variedad, que constituyen un centro de civilizacion y dan abundante cosecha de narraciones y de observacion al que recapitula periódicamente las manifestaciones vitales de un pueblo.

Y es: que en esta ciudad que los lectores de fuera se figuran como una Babel, como una Sybaris, como una Trebisonda, agitada, estremecida por una actividad vertiginosa, aturdida por un ruido atronador y constante, deslumbrada por espectáculos maravillosos, encantada sin cesar por novedades inesperadas, por sorpresas inauditas, devorada por vicios irresistibles y deliciosos, embriagada por placeres renovados á cada instante.... ¡ay! no es ni la sombra de esa imágen que enardece las imaginaciones de provincia.

Es una pobre ciudad calumniada en sus atractivos y en sus defectos. No tiene mas que un centro en que palpite un poco de

sangre arterial—el Zócalo. No tiene mas que una gran vena un poco hinchada, la avenida de Plateros, como la ha llamado Mateos. No tiene mas que dos imanes que atraigan á la concurrencia—la religion y la música. Donde quiera que se exhibe un clérigo vestido de brocado, ó que se levanta un músico con un fagot, allí acude luego una muchedumbre de los dos sexos.

Por eso, allí es solamente donde recoge el cronista sus impresiones y sus novedades.

Es verdad que las cien cantinas y las mil pulquerías que se ostentan cínicamente por todas partes, atraen tambien alguna concurrencia, pero ésta es solo de hombres, y las novedades que suelen presentarse no pertenecen á la bella literatura, sino á los registros de policía, á los cronistas de las cárceles de ciudad, á los alcaides.

Tambien es verdad que los teatros suelen abrir sus puertas para llamar al público, pero eso no siempre tiene éxito, y las mas veces sucede, que solo acuden allí los que

buscan silencio y sombra, como decia Pièrre Veron, del teatro en que encontró á la Rachel.

Mas allá del Zócalo y de Plateros..... la anémia, la melancolía, los murmullos prosáicos, el hormigueo de los pobres, la pestilencia de las calles desaseadas, el aspecto súcio y triste del México del siglo XVII, las atarjeas asolvadas, los charcos, los montones de basura, los gritos chillones de las vendedoras, los guiñapos, los coches de sitio con sus mulas éticas, y sobre todo esto, pasando á veces un carro de las tranvías como una sonrisa de la civilizacion, iluminando ese gesto de la miseria y de la suciedad.

Y mas allá todavía, por las regiones desconocidas de la Soledad, de Tomatlan, de san Pablo y de Candelaria de los Patos, al este y al sudeste; de san Antonio y de Necatitlan al sur, y de santa María y Peralvillo al norte, la salvajería, la desnudez, las casas infectas en que se aglomera una poblacion escuálida y muerta de hambre, familias enteras de enfermos y de pordioseros, el proletarismo en su mas repugnante expresion. El municipio apénas cuelga por allí un farol de aceite, por la noche, y la policía envía á sus gendarmes mas bien para acechar que para cuidar.

Solo la parte occidental de México, como por una ley fatal, se ensancha y se embellece cada dia, haciendo que la ciudad marche, como en busca de agua y de salubridad, hácia las colinas de Tacubaya y los planíos de Tacuba.

Pero no por ello pierde el famoso Zócalo sus privilegios centrales. Por eso los revisteros giran siempre en torno de ese lugar sempiterno en busca de material para sus crónicas. Y si al menos el Zócalo presentase la mas pequeña variedad! Pero el espectáculo del Zócalo es uno mismo desde que Trigueros plantó los arbolillos que hoy le dan sombra. ¡Siempre la gente dando vueltas alrededor del kiosko ó en el cuadrilátero, como los condenados del Dante en los

círculos del infierno. Una que otra vez se alza una tienda y se pone un café. Esto dura un mes, el de Noviembre; siempre que hay un regidor jóven en el Aynntamiento que no tiene otra cosa que discurrir para amenizar la enervante monotonía de aquel paseo desabrido.

Eso en cuanto al local y al aspecto general de las reuniones sociales. En cuanto á las personas, otro de los asuntos de la crónica, otra de las materias textiles de la hiladora imaginacion, triste es decirlo, pero es cierto; no se renuevan, no hay sorpresas, no hay variacion.

En Europa (lo vemos en las revistas—lo sabemos por los diarios) las celebridades de la hermosura, de la elegancia y de la moda, se marchitan en una semana, tienen canas en un mes.... son

Étoiles qui filent..... filent et disparaissent,

como las de la cancion de Beranger; son meteoros brillantes que embellecen por unos

dias el espacio de la curiosidad y caen dejando apénas un rastro de luz que se eclipsa á poco, al aparecer un nuevo meteoro en aquella atmósfera fecunda. ¡Deliciosa variedad!

Aquí, en nuestro bello cielo intertropical, los meteoros duran mas tiempo, duran un siglo, por fortuna nuestra.

Hay celebridades de hermosura y de elegancia que están dando que decir á nuestros cronistas desde hace veinte años, desde los tiempos de Miramon. ¡Tipos eternos é inolvidables! Ellos quedarán grabados en la memoria de las generaciones mexicanas, merced á los cronistas, con mas obstinacion que los ídolos de los relieves del Palenque de Uxmal ó de Xochicalco.

No mueren, no se descoloran, no se arrugan siquiera en la fresca imaginacion de los revisteros. Ellos ven estos tipos siempre jóvenes, siempre bellos, con la belleza inmortal de que estaba dotada Calipso.

Aquí era tiempo de decir con Quevedo:

"Doñas siglos de los siglos,
Doñas vidas perdurables."

Y efectivamente, léanse las revistas de hace doce años, por ejemplo, que fué la época en que se introdujo este género de literatura de un modo definitivo, y se verá en la descripcion de un baile del Casino español, *"que en los salones brillaban como estrellas de primera magnitud.... las hermosísimas R.... las bellísimas B.... las encantadoras C.... las elegantísimas G.... la señora de M.... la simpática señora de E.... las graciosas hermanas L...."* etc., etc.

Luego examínense las crónicas semanarias posteriores y véase quiénes ocupaban los palcos primeros del teatro Nacional en una noche de ópera en tiempo de Tamberlick, y se sabrá que allí ostentaban su régia belleza las *hermosísimas R., las bellísimas B., las graciosas hermanas L., las amables C., las espléndidas G., la linda señora de E., la encantadora señora de M.*, etc., etc.

¡Las mismas que en 1868, descritas por Zamacois en una revista del casino español!

Pero regístrese otra crónica de 1874, hablando de una funcion religiosa en Catedral, y allí se verá: que las que representaban á los querubines en la suntuosa procesion del Córpus, aumentando con su hermosura las pompas del culto, eran *las R., las B., las C., las G., la L., la E. y las graciosas L.*, etc., etc.

En cuanto á las reinas del baile de la Lonja dado en tiempo de Lerdo, no eran otras que las mismas *R., B., C., M., E., L.*, etc., etc.

Pero eso sí, en el baile de los *Chicagos* no faltaron ni podian faltar las *L., E., B., R., C., E.*, etc., etc.

Hemos llegado al año venturoso de 1880 y ¡oh prodigio! allí están firmes como las pirámides de Egipto, desafiando al tiempo en los paseos, en las tandas, en el Zócalo, pedestal de su longevidad, las eternas *C.*,

M., *E.*, *L.*, *R.*, *E.*, *G.*, etc., etc., sin que se les haya caido ni un diente, ni hayan tenido viruelas, siempre frescotas, elegantes, tenaces, tercas en la imaginacion de los cronistas, se entiende. Estos escritores llevan traza de querer describirlas

"desde la infancia hasta la edad decrépita."

Apénas una que otra criatura escuálida y enclenque se ha atrevido á darse de alta en la lista de las crónicas y eso porque ha tenido cuidado de hacer que la presenten al cronista para darle su nombre, mostrarle sus trajes y hacérselo servir, á la hora del café, como dice Balzac, del poeta. Sin esta precaucion, la pobre y vanidosa jovencita iba á quedarse ignorada, y ya se sabe que para la niña elegante, como para el infortunado Gilbert

Il n'y a qu' un vrai malheur, c'est de vivre ignoré.

Una elegante ignorada, es decir, que no figure en las revistas semanarias con su nombre y con sus señas, es cosa que no se com-

prende. Ser ignorada es mayor desgracia que no tener trajes ni sombreros de moda.

Pero nosotros preguntamos ¿es acaso muy divertido estar siempre retratando á esta tribu imperecedera, á esta falange inmortal que no presenta un solo aspecto nuevo, que no ofrece mas lado describible que el de su cara y su vestido? Y ¿puede dar materia para un estudio de literatura y de Arte?

Las mujeres de Paris, por ejemplo, desaparecen, y al cabo de algun tiempo vuelven á surgir con alguna singularidad á fin de darse nuevo atractivo, acuden hasta á los recursos de Alcibiades para llamar la atencion y á fuerza de renovaciones, de lujo, de orgías de elegancia, se forjan una segunda juventud, se presentan á luz diversa, hay algo de proteiforme en su vida, se retiran á sus castillos por años enteros, van á las ciudades balnearias, recorren la Italia, el Oriente, el Norte, y vuelven radiantes de novedad, son cometas de la moda, hacen dos ó tres revoluciones, brillan.... y al fin.... se resig-

nan á sumergirse en el olvido para siempre, dejando, cuando mas, á sus hijas, la tarea de continuarlas en la corriente social.

Pero aquí, donde nuestras costumbres son otras, donde nuestra sociedad es inocente todavía, donde no hay esos elementos de gran lujo, ni esas fiestas devoradoras, ni esa fiebre de vanidad y de brillo, ni ese movimiento constante de poblacion, ni esa sed de viajes y de ruido; aquí donde, á lo sumo, una familia de hacendados pasa quince dias en su triste hacienda de los Llanos de Apam, contemplando los magueyes y aspirando las emanaciones del tinacal, donde apénas se ameniza la vida con las excursiones pastoriles de san Angel ó con los viajes de tres dias á Veracruz y de Puebla ¡qué acontecimiento de la vida elegante va á haber!

¿Quién conoce aquí las emociones del *sport hípico*, los triunfos del *sport náutico*, las grandes cacerías en los bosques, las catástrofes de la banca y las espléndidas aventuras de la vida europea? Eso es lo que se

llama *high-life* en el *argot* de las revistas parisienses. Aquí aunque quieran algunos jóvenes mal inspirados improvisar un *high-life* no lo conseguirian, porque no hay elementos y esas denominaciones no pudiendo ser enteramente convencionales, degeneran en ridículas.

Quédanos únicamente por aprovechar los sucesos de la vida mexicana, harto monótonos y vulgares, por cierto. No hay otra cosa, se nos dirá. Enhorabuena, pero con eso no puede hacerse una crónica. Hay que consagrarse á otro género si se quiere emprender un trabajo literario; hay, al menos, que intercalar en la pálida revista algo nuevo, como el estudio profundo de las costumbres nacionales, como la historia de nuestros sucesos políticos, como la leyenda local, tesoro no tocado todavía, como la biografía de hombres útiles del país ó extranjeros. De este modo la revista dejará su carácter trivial para asumir una mision mas elevada y convertirse en un artificio literario para en-

señar algo provechoso y dar un giro mejor á la imaginacion de la mujer que es la aficionada á esta clase de escritos.

De otro modo, el cronista por mas entretenido que encuentre ese trabajo infecundo en México, acabará al fin por fastidiarse de él y arrojar la pluma, como Bertoldo el loco del cuento de Hoffmann arroja sus pinceles fatigado del colorido y del eterno embrollo de su tarea."

Esto me dijo un amigo muy juicioso, que ha viajado y leido mucho, cuando le anuncié que tenia intencion de escribir una revista para entretener á mis lectores con los sucesos de la semana.

Al acabar de oirlo, solté la pluma.

Noviembre—1880.

VI

Los espectáculos.

La novedad en materia de espectáculos no está en el teatro Principal, donde una atarazada compañía saca de su gargüero enronquecido las fastidiosas notas de una música zarzuelera, vieja como el mundo. No está allí donde una juventud educada en las cantinas y falta de virilidad hace ostentacion cínica de despreocupacion, que no es mas que descortesía, pidiendo á voces que